

villano, doctor en Cánones y procurador en Córtes, por esta ciudad, para las de Madrid en 1586. Compuso unos comentarios á las leyes de Toro (primera parte, Madrid, 1594).

III.

CERVANTES EN SEVILLA.

Miguel de Cervantes vivió algunos años en Sevilla. Conservó tan gratos recuerdos de esta ciudad, que la accion de algunas de sus novelas pasa en ella.

El recuerdo de su larga residencia, y ser el linaje de los Cervantes sevillano, hicieron creer á muchos en el siglo xvii que el autor del *Quijote* nació en ciudad tan insigne. Más aún: la tradicion constante que habia en Sevilla, era que el libro del *Ingenioso Hidalgo* se empezó á escribir ó se escribió en la misma; opinion esta última que hoy tiene en su favor el muy autorizado parecer del alto juicio y de la erudicion suma del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra (1).

(1) Hay un códice en la Biblioteca Colombina que se intitula «Claros varones en letras, naturales desta ciudad de Sevilla,

Habia Cervantes estudiado las costumbres sevillanas profundamente; con regocijo traia en sus diversas obras á la memoria sucesos ocurridos en esta ciudad. En *Rinconete y Cortadillo* nos habla de la puerta de la Aduana y de la del Arenal, de la Carnicería, de la plaza de San Salvador, de la Pescadería, de la Costanilla, de las tardes junto al rio, y de los jueves en la Feria, de las Gradadas (1),

que juntaba el licenciado Rodrigo Caro; y los que pone en la *Bibliotheca Hispana* D. Nicolás Antonio.... Añadidos á éstos los que inquiere la diligencia y cuidado de otro hijo de dicha ciudad de Sevilla» (B. 4.^a, 449-27).

En él se dice:

«Miguel de Cervantes Saavedra nació en Sevilla, como dice D. N. Antonio en su B. H.....; ó por lo menos viene su origen de sevillanos: lo cual confirma con que, siendo él muchacho, vió en Sevilla á Lope de Rueda, autor é inventor de las comedias, como lo escribió en el prólogo de las suyas, y en que estos dos apellidos de Cervantes y Saavedra son de familias ilustres desta ciudad.»

Más adelante se lee:

«Don Tomas Tamayo quiere que sea Miguel de Cervantes natural de Esquivias, en el arzobispado de Toledo; pero en contra está lo alegado, y la tradicion que hay en esta ciudad de Sevilla, de que es natural de ella, y que el libro de Don Quijote lo escribió ó empezó á escribir estando preso en la Cárcel Real de dicha ciudad.»

(1) El abad Gordillo, en su *Memorial de la Historia y cosas eclesiásticas de Sevilla* (Biblioteca Colombina, B. 4.^a, 450-1), dice: «Así es cosa sabida que hay en ella más concurso de extranjeros que en ninguna de las de Europa, como se ve cuando salen á la famosa Lonja, que agora usan; que se via en el tiempo que acudian á juntarse para sus contrataciones, á las gradadas de la Iglesia-catedral, de donde por ciertos respetos y por el ruido que causaban á los oficios divinos, se pasaron, de las gradadas dichas,

de Nuestra Señora de las Aguas, y del Santo Crucifijo de San Agustín, de la plaza de la Alfalfa, de la Torre del Oro, del postigo del Alcázar, de San Sebastian y San Telmo, y de la calle de Tintores. En *La Española Inglesa* cita el monasterio de Santa Paula, famoso, entre otras cosas, por su bellísima portada de ladrillos vidriados y sin vidriar, portada de exquisito gusto; el barrio de Triana, el campo de Tablada y la puerta de Jerez; en *La Ilustre fregona* recuerda las barbacas de Sevilla; y en *El Coloquio de los perros* nos trae á las mientes el Matadero, frente de la puerta de la Carne; la plaza de San Francisco, la calle de la Caza, la Costanilla; el Campo, detras de San Bernardo; el estudio de la Compañía de Jesus, la puerta de Jerez, los mármoles del colegio de Maese Rodrigo, los barrios de San Julian; y la casa del tío Monipodio, junto al molino de la pólvora, en Triana. La acción de la novela de *El Celoso Extremeño* es en Sevilla. Todavía en los últimos años de su vida, Cervantes recordaba (segunda parte del *Quijote*) dos cuentos de locos sevillanos.

donde agora están. Y por la muchedumbre dellos y de los contratos que allí se hacían, dijo uno, que quiso en verso alabar á Sevilla, tocando en aquel lugar que tenía más gradas, *que una grada valía más que todo el mundo.*»

Aquí se habla de unos versos de Castillejo.

IV.

JUICIO DE «LOS MIRONES», «DOÑA JUSTINA Y CALAHORRA» Y «LOS REFRANES.»

Decía Cervantes en el prólogo de sus *Novelas*, que era autor de las obras impresas que cita, así como de *otras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño.*

Y con efecto, á más de las publicadas por el Sr. Fernandez-Guerra, no cabe duda en que son de Cervantes las tres que hoy salen á luz.

Llámase á la intitulada *Los Mirones*, *entremés*, y yo mejor le llamaria *coloquio*. Más aún: en el estilo, se asemeja mucho al *de los perros Cipion y Berganza*. Hay la misma manera de presentar los pensamientos filosóficos, y la de contar las aventuras y describir las costumbres; y hasta, á veces, con la libertad que hoy nuestro siglo no perdonaria á autor contemporáneo.

Es una pintura amenísima, por la discreción, vivacidad, exactitud y gala. Háblase de Santa María la Blanca, de Santa Catalina, del Hospital del Cardenal, de la plazuela á espaldas de Santa Ca-

talina, de la Capilla de los Reyes, de la Costanilla, de la Cerrajería, de la calle de la Sierpe, de la Alcaicería, de San Diego, del Sagrario, de la puerta del Osario, de la collacion de Omnium Sanctorum, de la Feria, y del convento de Belén.

La accion pasa en Sevilla, como se deduce de estos nombres. Varios estudiantes habian formado una cofradía, que llamaban de *Los Mirones*; cuyo objeto era, de dos en dos recorrer las calles, observar las cosas peregrinas que ocurrian, y todas las tardes acudir á casa de un licenciado, su maestro, á referirle cuanto de notable y digno de risa y de estudio habian presenciado.

Es un cuadro, animadísimo y rico, de costumbres sevillanas, tercero, y hasta hoy no conocido, que completa la coleccion, que se componia de *Rinconete y Cortadillo*, y del *Coloquio de los perros*.

Las frases además, los giros, todo es de Cervantes. Algunas notas lo comprueban, si no cuantas debiera tener, al menos las suficientes para el intento y no incurrir en difuso ó inoportuno. Sólo Cervantes podia escribir así en aquel siglo.

El entremés de *Doña Justina y Calahorra* parece también obra suya, pero escrita en los últimos años. La manera de componer versos sueltos, y de empezar el diálogo, es muy propia suya. Por ellos se viene en conocimiento del autor del entremés.

El de los *Refranes*, evidentemente pertenece á tan gran ingenio. Argumento, modo de exponerlo, diálogo, y la facilidad en el uso de tanta multitud de refranes, sólo corresponden á Miguel de Cervantes Saavedra. El que lee este entremés no puede poner en ello la menor duda.

Aquí nada hay opinable. Cervantes, en este entremés, viene á contradecir el precepto de Don Quijote cuando aconsejaba á Sancho: «No te digo yo que parece mal un refran traído á propósito; pero cargar y ensartar refranes á troche y moche, hace la plática desmayada y baja.»

Ciertamente, no es desmayado el dialogar del entremés, sino muy ligero é ingenioso. Bien podemos decir con la Duquesa: «Los refranes de Sancho Panza, puesto que son más que los del Comendador griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias.»

Y aún no estará de más recordar aquí aquello de Sancho: «Sé más refranes que un libro; y viénnense tantos juntos á la boca, cuando hablo, que riñen por salir unos con otros.»

Para mí tienen gran importancia el entremés de *Los Mirones* y el de *Refranes*, porque explican el carácter de Cervantes.

Cervantes debió asemejarse á aquellos. Gran pintor de costumbres, fué un observador profundísimo de ellas, para describirlas tan magistral y

agradablemente como las contemplaba. Por ser un constante *miron* Miguel de Cervantes, *miron* del género de los que nos presenta en este entremés, alcanzó á pintar con tan eminente maestría la sociedad de su siglo y el corazón humano.

Los refranes encierran todo lo mejor de la filosofía española. Conociéndolos hasta el punto que los conocia, y teniéndolos tan presentes, como se ve en el entremés de *Refranes*, no es extraño que enriqueciese todas sus obras Cervantes con tesoros de esta enseñanza, verdaderamente popular. Si tan celebrada es su felicidad para citar muchos en el *Ingenioso Hidalgo*, ya en boca de Sancho, ya en la de Don Quijote y otros personajes, ¿cuánto no será mayor el mérito de su aplicación, en una obra de tan cortas dimensiones como este entremés, y en tanto número?

Tales son, en resumen, mis estudios sobre estos opúsculos de Cervantes, dignos, en verdad, de que se conozcan y de que repetidamente se lean.

Sevilla, 20 de Julio de 1873.

ADOLFO DE CASTRO.

ENTREMÉS DE LOS MIRONES.

LICENCIADO MIRABEL (1).	SEGUNDO MIRON, CAMACHO.
DON DIEGO (2).	TERCER MIRON, VOZMEDIANO
DON FRANCISCO.	CUARTO MIRON, ROBLES.
PRIMER MIRON, FONSECA.	QUINTO MIRON, ZORRILLA (3).

Salen el LICENCIADO MIRABEL, DON DIEGO *y* DON FRANCISCO.

DON DIEGO.

Señor licenciado Mirabel, si vuesa merced me quiere bien, vuelva á contar á Don Francisco, por vida mia, lo

(1) Hubo un doctor llamado Blas Álvarez Mirabel, graduado en la facultad de Medicina y Teología, en Salamanca, el cual publicó en 1597 (Medina del Campo, por Sanctiago del Canto) el *Libro intitulado la conservacion de la salud del cuerpo y alma*.

Tiene de notable este libro un pasaje en que habla de las ruinas de Babilonia; de «los soberbios y suntuosos edificios de la gran Cartago, de sus arcos, su anfiteatro, sus baños y su templo»; de que «despedazáronse sus fuertes mármoles, sus pirámides altísimas»; de que «deslustráronse los bruñidos jaspes, las imaginerías, el ébano y marfil»; y de que «acabáronse con esta misma tiranía aquellas siete maravillas tan celebradas, que *apenas de ellas vemos las señales*»: frase esta última que copió Rodrigo Caro en su celebrada canción á las *Ruinas de Itálica*, que tan discretamente y con tanta copia de documentos ha ilustrado el Illmo. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

(2) ¿*Don Diego* de Astudillo, el de la *Carta* de Cervantes?

(3) Cervantes solia repetir los nombres de los personajes de